

20-1-2011

## Un viaje determinante

Ninguno de los más de cincuenta viajeros que llenaban aquel autobús sabía que una de las personas que en él iban moriría apenas cuatro meses después. Nada hacía sospechar que cuando volvimos al destino alguien pudiese enfermar tan gravemente que muriese. Yo tampoco lo sabía y muchos menos que esa persona fuera Begoña, mi mujer. Con ella había vivido más de veinticinco años, amén de un largo noviazgo al estilo de los de antes.

Después de aquel viaje aprendí que nunca sabemos si lo que estamos haciendo será o no la última vez que lo hacemos. Y eso nos salva y nos permite disfrutar con espontaneidad, con naturalidad, de los momentos agradables de la vida. ¿Se imagina uno a alguien ocupado en algo sabiendo que ya no volverá a hacerlo, a verlo, o a tocarlo?

Se trataba de un viaje a la Feria de Jerez, que, creo recordar, se celebra en abril, antes que la de Sevilla, pero aquel año, no sé por causa de qué, fue a primeros de mayo.

Yo no tenía ningún interés especial en acudir a este evento cultural, pero ella parecía muy ilusionada con el viaje y nos decidimos a ir a pesar de que ir de noche, en autobús, desde Vitoria a Jerez, no parece el modo más cómodo de comenzar un viaje de ocio y cultura.

En resumen, el viaje se hizo, lo pasamos bien y volvimos. Apenas diez días más tarde un dolor en apariencia banal se convirtió en una metástasis de un cáncer muy extendido e incurable. La muerte se produjo un ocho de septiembre en el contexto de una sedación paliativa en la que cada nueva

dosis que se introducía por la vía era mortificante para mí, pero apaciguadora para ella. Cada una de ellas la ponía un poco más lejos de la vida, pero también de la agonía de vivir con dolor. La certeza de que esto no era otra cosa que el cumplimiento de sus designios sobre la forma en que quería morir, en casa y sin sufrimiento, me daba la fuerza necesaria para estar allí, junto a ella.

Luego, he pensado muchas veces, decenas, quizás cientos de veces, en aquel viaje y he pensado que me marcó mucho porque fue, sin yo saberlo, el inicio del fin de una época vital mía marcada, sin duda alguna, por lo bueno de mi existencia. Pero también pienso, a veces, qué sería de mí si ante aquella tesitura hubiera optado por quedarme y no haber ido con ella. Me queda la satisfacción de que el destino me puso en una disyuntiva en la que, para mi consuelo, decidí bien.

Un par de años después volví a Jerez, esta vez para acudir a un congreso. Creo que desde el momento que subí al avión tenía ya decidido que volvería al centro de la ciudad. Recordaba que allí, en una terraza, junto al mercado municipal, tomamos, mientras nos preparábamos para una tarde de visitas a los edificios monumentales de Jerez, unos refrescos que nos ayudaran a reponernos del duro calor que ya por aquel mayo azotaba la ciudad. Me escabullí del bullicio del congreso, como si aquello no fuera conmigo, y, cuando eran las siete de la tarde pero ya era de noche, me dirigí a la citada plaza, como imantado por alguna oscura fuerza interior. No sé si era el imán que me pesaba en el pecho o el frío invernal, pero algo me espoleaba para ir todo lo rápido que me dieran mis piernas. Y, efectivamente, allí estaba la placita; una fina lluvia caía sobre mí; todas las sillas estaban vacías, nadie tomaba ningún refresco o aperitivo, pero a mí me dio igual. Deambulé por la placita mirando de reojo la terraza en la que estuvimos sentados; las

lágrimas brotaron pausadamente de mis ojos mientras yo caminaba , ahora lentamente, como saboreando la melancolía que atenazaba todo mi cuerpo y mi alma. Así estuve un rato, quizás media hora, quizás más, hasta que las emociones se fueron apaciguando en mi interior y me permitieron pensar que regresar a aquel lugar no podía ser otra cosa que mi tributo a una mujer que fue lo que yo había deseado tener junto a mí.

Evidentemente antes y después de aquel viaje he hecho muchos más: la primera vez que viaje en tren a Madrid separándome, con apenas catorce años, de mi familia; el primer viaje en autostop a Valencia con un camionero loco del volante que acosaba a los coches que se lo ponían por delante, o cuando fui a Marrakech o Budapest con mis hijos tras morir mi mujer, o el último que he hecho para visitar a mi hijo pequeño, Asier, a Turín. Pero ninguno me ha marcado tanto ni tan prolongadamente como para que esté perenne en mi recuerdo. Y, además, creo que no lo habrá; estoy seguro que no lo puede haber.